

El 12 de octubre y su verdadero significado

MANUEL ANTONIO GARCÍA ARÉVALO
Santo Domingo. República Dominicana

Para la gran comunidad de pueblos iberoamericanos y aun del resto del mundo no existe ninguna otra fecha de mayor trascendencia histórica y cultural que el 12 de octubre. Desde cualquier punto de vista, hay que reconocer que las naves descubridoras españolas, capitaneadas por Colón y los hermanos Pinzón, protagonizaron, en la alborada de aquella mañana memorable, el atónito encuentro de dos mundos. Ya nada volvió a ser igual que antes.

Nuevos espacios, nuevas gentes, nuevas formas y posibilidades de vida se conocieron a partir de entonces. «Nació —como bien ha señalado Arturo Uslar Pietri— otra cosa distinta, que fue en realidad el Nuevo Mundo.»

La importancia de ese grandioso acontecimiento suscitó la consideración de viajeros y cronistas de la época. De ahí que López de Gomara, al dedicar al Emperador Carlos V su *Historia General de las Indias*, inicie su obra con estas reconocidas palabras: «La mayor cosa después de la creación del mundo, sacando la encarnación y muerte de quien lo crió, es el descubrimiento de las Indias; y así, las llamas Nuevo Mundo.»

Visto desde una perspectiva más contemporánea, ese Mundo Nuevo no fue realmente el que se encontró tras el arribo de las carabelas expedicionarias; el verdadero Nuevo Mundo fue aquel que comenzó a gestarse en todo el ámbito universal a partir del momento mismo del Descubrimiento, basado en el enriquecedor proceso de hallazgo, transculturación, sincretismo y mestizaje, que de una manera tan especial caracteriza la realidad de lo que hoy es iberoamérica.

Sin embargo, cuando los europeos empezaron a adentrarse en la recóndita y vasta geografía americana, elaborando todo un conjunto de ilusiones y fantasías, propias de quienes rasgan un velo de misterio para entrar en contacto con lo desconocido, el «eurocentrismo» acuñó la idea de que se había descubierto un mundo nuevo, sin caer en cuenta de que el lugar que exploraban por vez primera no era ciertamente tan nuevo ni tan reciente, pues a todo lo largo y ancho del continente existía ya una rica y diversa gama cultural caracterizada por sorprendentes técnicas artesanales, ingeniosos modelos de producción agrícola, exquisitas manifestaciones artísticas, avanzados diseños arquitectónicos, vías de intensa comunicación y comercio, junto a complejos sistemas de gobierno y desarrollados patrones sociales y religiosos, ante los cuales los europeos no pudieron disimular su incredulidad y admiración.

Sobre esa realidad palpable que era el mundo indígena se trató de implantar un nuevo esquema social, político y religioso, un nuevo diseño de vida y de conducta, que de ningún modo llegaron a sustituir completamente (sobre todo en el ámbito colonial hispano-portugués) la experiencia, la expresividad y la idiosincrasia propias del mundo autóctono americano, cuya presencia, aún viva y palpitante, marca, junto al valioso aporte africano, la diversa y particular originalidad que exhiben los países iberoamericanos, producto de ese íntimo y prolongado proceso de aculturación mediante el cual dos o más pueblos participan, fusionándose sin perder su cultura y fisonomía racial únicas.

Para Europa, el encuentro y aprovechamiento de los recursos de América marcó, entre otras cosas, el comienzo de la Edad Moderna. Se superan los presagios, supersticiones y leyendas existentes desde la Edad Antigua y aún vigentes durante toda la Edad Media sobre las desconocidas extensiones oceánicas del Atlántico, para entrar en la época de los grandes descubrimientos geográficos y el avance de la navegación y, por ende, de la cosmografía y la cartografía.

Al dar fe y constancia de las tierras descubiertas, de sus impresionantes paisajes, de su exuberante naturaleza, de sus múltiples animales y plantas y de los rasgos característicos de sus pobladores, muchos de esos atentos y en algunos casos improvisados escritores, como el propio Colón, Pané, Anglería, Las Casas, Oviedo, Acosta, Sahagún, Cabeza de Vaca, Bernal, Carvajal y muchos más, sin proponérselo se convierten, con sus densos relatos y crónicas, en precursores de la etnografía, la antropología y las ciencias naturales.

La sensación de haber llegado a una tierra nueva, comparable al «paraíso terrenal», la «tierra prometida», «El Dorado» o el «Jardín de las Delicias y la Eterna Juventud», habitada por gentes y pueblos desconocidos que —entre otras denominaciones basadas en mitos y

leyendas— fueron considerados como «buenos salvajes», «caníbales» o «amazonas», hacen que el europeo relativice su propio pensamiento y su concepto de la sociedad y, por tanto, toman un nuevo giro las teorías que se tenían por ciertas y únicas sobre Dios, la naturaleza y el mundo.

Ante la idea de que las sociedades humanas podían ser más justas y disfrutar de un mayor grado de felicidad al vivir en estado natural cobró fuerza la tradición de un mundo utópico entre los humanistas europeos, que se observa ya en el «Elogio de la Locura», de Erasmo, y se reanuda de forma definitiva con la «Utopía», de Tomás Moro, o la de Vasco de Quiroga, la «Ciudad del Sol», de Tomaso Campanella, y «La Nueva Atlántida», de Bacon, en Montaigne e incluso en el Shakespeare de «La Tempestad», obras y autores en los que se aprecian reminiscencias platónicas de «La República» y de otros pensadores antiguos.

Estas concepciones utópicas sobre América, orientadas hacia la crítica y la denuncia de los males sociales, y encaminadas a la reorganización y transformación de la sociedad influirían posteriormente en el pensamiento enciclopedista de Montesquieu, Voltaire y, sobre todo, de Juan Jacobo Rousseau, autor del «Emilio», en el que ofrece una versión florida sobre la leyenda del «noble salvaje», preconizando el retorno a la vida natural, ideas que se dejaron sentir tanto en el romanticismo como en los movimientos políticos gestores de la Revolución Francesa.

En el campo misionero, especialmente los españoles desplegaron una intensa labor evangelizadora y pedagógica en tierra americana, pero a la par Fray Pedro de Córdoba, Montesinos, Las Casas, Vitoria, e incluso con el propio Sepúlveda y su oposición a los planteamientos lascasianos, crearon un movimiento de opinión en España que cuestionó el derecho a la conquista y al sometimiento de los pueblos aborígenes por la fuerza, convirtiéndose tales debates en el punto de partida para la elaboración de las Leyes de Indias, que en buena medida dieron origen al derecho de gentes y al derecho internacional.

A partir del siglo XVIII, la curiosidad neocientífica propia del espíritu de la Ilustración volcó su mirada investigadora hacia los confines del Nuevo Mundo. Los monarcas europeos, principalmente los de Francia y España, organizaron varias expediciones que contribuyeron a un redescubrimiento de América. Entre esos hallazgos se destacan los de La Condamine, Antonio de Ulloa y Jorge Juan, Dombey, Hipólito Ruiz y José Antonio Pavón, José Celestino Mutis, Martín Sesse y Alejandro von Humboldt, con los que se logró un significativo aporte al avance científico de la época y a un mejor conocimiento de la realidad americana, como lo prueban las minu-

ciosas observaciones y los bellísimos dibujos de gran valor gráfico y decorativo que realizaron.

Por otra parte, la abundancia de metales preciosos, extraídos de América, se traduce en un alza de los precios en la Europa del siglo xvi e incide en la formación del mercantilismo y el capitalismo financiero en general, el resurgimiento del comercio mundial, al igual que en la gestación de los imperialismos modernos.

De la misma forma, los productos agrícolas americanos y las preferencias por el consumo del maíz y la papa, el chocolate, el tabaco y el tomate, además de la producción del azúcar de caña, que, aunque conocida ya, se elaboraría en grandes cantidades en los ingenios antillanos y brasileños, no sólo cambiaron los hábitos alimenticios del Viejo Mundo, sino que fueron factores de motivación importante para la implantación de nuevas técnicas de cultivo y la introducción de innovaciones que harían posible la revolución agrícola y el aumento demográfico en el continente europeo, antesala de la revolución industrial y los grandes movimientos democráticos.

En el caso del Africa negra, el descubrimiento constituyó una verdadera hecatombe en aquel continente mágico. Más de diez millones de esclavos africanos fueron sustraídos de su lar nativo durante los tres siglos y medio que duró el sistema esclavista, siendo obligados a trabajar bajo dramáticas condiciones en las plantaciones, factorías y minas explotadas por los europeos y sus descendientes en el Nuevo Mundo.

Los esclavos negros eran capturados en las latitudes africanas desde el río Senegal, al noroeste, hasta el territorio de Angola, al sur del río Congo, como consecuencia muchas veces de los enfrentamientos entre sus reyes y jefes tribales, para luego ser vendidos a mercaderes árabes y transportados en largas caravanas hasta la costa desde donde eran embarcados a América, básicamente por traficantes portugueses y holandeses, que a su vez fueron seguidos por los ingleses y franceses, y de manera ocasional también por los suecos, daneses y prusianos.

Este intenso tráfico de esclavos, a quienes denominaban, por su color, «piezas de ébano», dio origen al llamado «comercio triangular» entre Europa, Africa y América, donde incidió también el envío de materias primas y mercancías manufacturadas en un ciclo que incluía a los tres territorios.

A la vez, los ingleses, atraídos por las noticias del árbol del pan y en interés de obtener un alimento adecuado para los esclavos que laboraban en sus posesiones del Nuevo Mundo, exploraron en el siglo xviii las lejanas islas hawaianas en el Pacífico y se introdujo así el pan de fruta en nuestra geografía tropical.

La presencia africana en la actual fisonomía americana es incuestionable. El esclavo negro en América no sólo aportó el fruto de su esforzado trabajo, sino que de forma gradual se fue incorporando a la sociedad colonial, tanto en el aspecto racial como cultural, enriqueciendo el folklore americano, especialmente la música y la religiosidad popular. Además, numerosos productos agrícolas africanos fueron cultivados exitosamente en América, como son los casos del plátano, el guineo, el ñame y el café.

Asia también estableció contacto con América a través del Pacífico, en especial con el «Galeón de Manila», que entrelazaba las posesiones españolas en las Filipinas con el puerto mexicano de Acapulco, abriendo paso para que el influjo oriental se dejase sentir en las modas, las artesanías y el arte popular del virreinato de la Nueva España.

De igual manera, durante el siglo XIX, con la prohibición de la trata negrera, pasaron a América millares de peones asiáticos, mayormente chinos, llamados «coolies», que laboraban en los más variados oficios. Aún en la actualidad muchos pueblos asiáticos ven en América, y sobre todo en los Estados Unidos, una opción de libertad y reinicio de una vida económicamente estable, alejados de sus conculionados países.

De manera sucinta, hemos tratado de ofrecer una visión de la interacción universal que realmente se inició en esa memorable mañana del 12 de octubre de 1492, cuando tuvo lugar no el descubrimiento ni el encuentro de un Mundo Nuevo, sino el verdadero resurgir de un Nuevo Mundo.

De ahí su connotación espiritual y material y el gran significado histórico que se le atribuye al día del descubrimiento de América. Lejos de triunfalismos o prejuicios, de leyendas negras o rosadas, de hazañas increíbles y errores, de heroísmos y crueldades, con sus luces y sombras, ese día comenzó a gestarse nuestra personalidad americana, con su peculiar fisonomía, donde la realidad va más allá de la visión idílica, del mito y la ficción.